

# LOS HERALDOS, TALTIBIO Y EURIPIDES

Entre las atribuciones que se asignaron a Hermes fué, sin duda, la más popular la de heraldo o mensajero de los dioses, κήρυξ ἀθανάτων, θεῶν. En el concepto de los hombres, él es el heraldo por excelencia, el orgullo de los mismos <sup>1</sup>. En este sentido se le imaginaba como un hombre fuerte, barbudo, y para ello debió ser decisiva la idea que se tenía del heraldo, pues, para este cargo, parece que sólo se eligieron hombres maduros y razonables <sup>2</sup>. Como símbolo de su dignidad de heraldo llevaba el κηρύκειον, que, en principio, tenía la forma sencilla de un cayado o de un σκῆπτρον como lo llevaban los heraldos homéricos, pero que luego se adornó de diversas maneras. El Himno homérico a Hermes (v. 258 sgs.) nos alecciona acerca de la utilidad de este bastón: de él, dice el poeta que tenía tres hojas o ramificaciones, que era de oro, que concedía felicidad y riqueza, que protegía a su portador y era un apoyo en todas las buenas palabras y acciones. Con él en la mano, Hermes adormece a los hombres que quiere o despierta a los que duermen y conduce al Hades a las almas de los pretendientes muertos (Od. V, 47 sgs. y XXIV, 3); también en la Ilíada (XXIV, 343) se prepara con el bastón a conducir a Príamo al campamento de los aqueos. Se trata, pues, aquí de un bastón mágico de forma bifurcada. Luego, con el tiempo, ya en el siglo VI, se representa en la forma ∞ entrelazada que recibe el nombre de κηρύκειον por llevarlo el heraldo de los dioses y convertirse en atributo de Hermes <sup>3</sup>.

---

<sup>1</sup> ESQUILO, *Agamenón*, 515: Ἑρμῆν, φίλον κήρυκα κηρύκων σέβας.

<sup>2</sup> *Il.* VII 276; XXIV, 282; *Od.* II, 38.

<sup>3</sup> W. H. ROSCHER, *Ausführliches Lexikon der griechischen und römischen Mythologie*, Leipzig 1886-1890, I col. 2365.—Una prueba de que el κηρύκειον perdió su significado mágico lo encuentra Nilsson (*Geschichte der griechischen* 2.—HELMANTICA

Aun cuando las fuentes antiguas vacilan en cuanto al nombre de la madre de la estirpe de los heraldos <sup>4</sup>, en cambio todas coinciden en conceder la paternidad a Hermes. Así el nacido en el ὄρος Κηρύκειον en Tanagra <sup>5</sup>, el θεῶν κήρυξ que lleva el bastón de heraldo, es por naturaleza el antepasado del linaje de los heraldos. Su hijo, Cérix, es el padre común de la estirpe sacerdotal de los Céricos, los cuales, juntamente con los Eumólpidas, ejercían las dignidades sacerdotales más importantes en los misterios de Eleusis <sup>6</sup>.

Por su origen y por sus funciones eran los heraldos inviolables <sup>7</sup> y debían reunir en su persona ciertas condiciones morales y físicas: veraces <sup>8</sup>, prudentes, voz fuerte <sup>9</sup> y memoria privilegiada. La misma palabra κήρυξ evoca la idea de algo que resuena, de gloria, de alabanza <sup>10</sup>. En los poemas homéricos tienen los heraldos un papel importante, y la palabra con que se le designa en la *Odissea*, δημοεργοί, indica que son hombres que llevan a cabo cosas útiles para la comunidad. También reciben los epítetos de θεῖοι, δίφιλοι y son siempre queridos y honrados por sus príncipes. Como distintivo llevan el σκῆπτρον y sus funciones son diversas: llaman a la asamblea, actúan en los sacrificios, invitan a los hombres a la lucha, entablan negociaciones con los enemigos, preparan, a veces, y presentan las comidas, y siempre son activos y diligentes servidores (ὄτρηροὶ θεράποντες). Conocemos algunos de sus nombres citados en la *Ilíada*

---

*Religion*. München 1950, I. p. 508 sgs.) en un lecitio de Jena, en el cual aparece Hermes llevando en una mano el κηρύκειον y en la otra el bastón mágico bifurcado.

<sup>4</sup> PAUSANIAS, I, 38, 3 menciona a Aglaura; *Pollux* VIII, 103 a Pandrosa. Dittenberger (*Hermes* XX, 2, 2) ha querido demostrar que en la tradición gentil de los Céricos, Hermes y Herse eran considerados los padres de Cérix.

<sup>5</sup> PAUS., IX, 20, 3.—J. OEHLER en *RE* XI, A, 348.

<sup>6</sup> M. P. FOUCART, *Les grands mystères d'Eleusis*. Paris. s. a. p. 13.

<sup>7</sup> POLL., VIII, 139: ἄλυποι δ' ἦσαν καὶ ἐξῆν αὐτοῖς πανταχόσε ἀδεῶς ἵεναι.

<sup>8</sup> PIATON, *Leyes*, 941 a, dice que el heraldo engañador debe ser acusado y juzgado como un criminal ante el tribunal de Hermes y Zeus.

<sup>9</sup> λιγύφθογγοι (*Il.* II, 50, 442, etc.; *Od.* II, 6), ἠερόφωνοι (*Il.* XVIII, 505).

<sup>10</sup> Según OSTERMANN (*De praeconibus Graecorum*, Marburg 1845, p. 9) κήρυξ vendría de γηρύειν, *sonum edere*. — HOFFMANN (*Etymologisches Wörterbuch des Griechischen*, Munich 1950) lo relaciona con χαρχαίρω «resueno», a. i. carkati «menciono alabando».

da y en la Odisea: Taltibio y Euríbatos, heraldo de Agamenón; Euríbatos, el itacense, de Ulises; Esténtor, de Néstor; Odio, de Ajax; Ideo, de Príamo; Dolón, el troyano, muerto por Ulises y Diomedes, era hijo del divino heraldo Eumedes, rico en oro y en bronce.

Si bien en la Ilíada dos son los heraldos de Agamenón, la figura, según parece muy antigua de Euríbatos, se desvanece frente a Taltibio, el heraldo de los príncipes inmigrantes y dominadores, que luego se convierte en el verdadero heraldo de Agamenón<sup>11</sup>. El nombre es de por sí significativo: Ταλθύβιος equivaldría a «pujante fuerza vital»<sup>12</sup>, exponente de sus cualidades reflejadas en el predominio que iba adquiriendo su figura. En la Ilíada aparece siempre al lado de Agamenón: por encargo suyo va, con Euríbatos a la tienda de Aquiles para llevarse a Briseida; cuando Menelao es herido por Pándaro, le manda el Atrida ir a buscar al médico Macaón; en la celebración de los sacrificios, junto al pastor de hombres está Taltibio, cuya voz semeja la de una deidad (XIX, 250: Ταλθύβιος δὲ θεῶν ἐναλίγκιος ἀυδήν); finalmente cuando Héctor y Ajax se disponen a luchar de cerca con las espadas, él e Ideo, ambos prudentes mensajeros de Zeus y de los hombres, interponen sus cetros<sup>13</sup> y les exhortan a cesar en la lucha.

La fama de Taltibio, vigorizada por el influjo de la epopeya, fué creciendo cada vez más y después de su muerte se le veneró como un héroe. En diversas ciudades de Grecia, en Micenas, en la aquea Egión, en Esparta<sup>14</sup> se mostraba su tumba y era honrado con sa-

<sup>11</sup> C. CESSI, *Storia della Letteratura Greca*. Torino 1933, I p. 524, n. 54. Según C. ROBERT (*Studien zur Ilias*, Berlin 1905 p. 489) el heraldo de Ulises, Euríbatos, B 184, está tomado de la *Odisea-Nostos* τ 247, cuyo autor, a su vez, lo había bautizado según el heraldo de Agamenón en la *Uriliad*, así que la figura, en forma transformada, vuelve a la Ilíada de donde procede.

<sup>12</sup> Según M. PAPE-G. E. BENSELER (*Wörterbuch der griechischen Eigennamen*. Braunschweig, 1911) que lo hacen derivar del inusitado θαλεθύω: θαλέθω. Para Eustaquio, p. 110, 3, significa ὁ θάλλων τὴν βίον.

<sup>13</sup> El cetro o bastón era imperecedero. Por él se jura y de él recibe un poder e inspiración. También lo sostiene el rey o juez y todo aquél que se dirige a la asamblea. Era como dice R. B. ONIANS (*The origins of European Thought*. Cambridge, 1954) «the life-power in striking transmission form».

<sup>14</sup> PAUS. (III, 12, 7) habla sólo de un μνημα, pero en otro lugar (VII, 24, 1) informa acerca de la tumba de Taltibio: Ταλθύβιου νοῦ κήρυκος τάφος κέχωσται.

crificios públicos. Incluso se le atribuyó ser fundador de la colonia de Tegea en Creta <sup>15</sup>. Pero principalmente fué venerado en Esparta en donde Taltibio era considerado como el antepasado de los heraldos del Estado, la estirpe predórica de los Taltibíadas, que actuaban de embajadores vitalicios del Estado <sup>16</sup>.

Un informe muy precioso acerca de Taltibio nos lo da Heródoto (VII, 134-137), cuya narración sobre la cólera del mismo llegó a ser proverbial. Es un ejemplo más, entre los muchos que nos ofrece el historiador, de que grandes delitos ocasionan grandes castigos de los dioses <sup>17</sup>. Los espartanos al ver que los sacrificios les eran siempre desfavorables, conjeturaron <sup>18</sup> que Taltibio estaba encolerizado a causa del asesinato de los embajadores, que, en cierta ocasión, les había enviado Darío para que les entregaran agua y tierra en señal de sumisión. Sólo por medio de la expiación de un espartano podía ser reconciliada la protección del derecho de los espartanos. Entonces se ofrecieron Espertio y Bulis para ir a Susa y entregarse al rey de los persas, a la sazón Jerjes. Aunque ambos se negaron a postrarse ante el Gran Rey y dieron muestras del sentimiento de libertad griego, fueron dejados en libertad, porque Jerjes no quiso expiar la terrible muerte de los persas con otra igual, ya que los lacedemonios, al matar a los heraldos, habían violado la costumbre de todos los hombres. A pesar de ello, con la vuelta de los dos voluntarios, cesó la cólera de Taltibio. Como maravilloso añade Heródoto que más tarde, en el año 430, en una guerra entre atenienses y lacedemonios, los hijos precisamente de Espertio y Bulis, fueron capturados por los atenienses en el Helesponto y llevados a Atenas, ejecutados. La suposición del historiador es que, con ello, había un nuevo despertar de la cólera de Taltibio <sup>19</sup>. Así la

<sup>15</sup> Según EXC. STRAB. 10, 34 — STEPH. BYZ.

<sup>16</sup> RE IV A col. 2088. Según HESYCH. v. Θεοκήρυκες es también el antepasado de esta familia de sacerdotes de Eleuteria.

<sup>17</sup> JOHN L. MYRES, *Herodotus, father of history*. Oxford, 1953, p. 46.

<sup>18</sup> Ya por la función de Taltibio como protector de los heraldos, ya por habérselo declarado un oráculo (W. HOW-J. WELLS, *A commentary on Herodotus*. Oxford. 1950. II, p. 179).

<sup>19</sup> VII, 137, I: ὅτι μὲν γὰρ κατέσκεψε ἐς ἀγγέλους ἡ Ταλτιβίου μήνις οὐδὲ ἐπαύσατο πρὶν ἢ ἐξῆλθε, τὸ δίκαιον οὕτω ἔφερε.

venganza de Taltibio, combinando heroísmo y crimen, es un notable ejemplo de la doctrina de la Némesis.

Para la antigüedad de la tradición de Taltibio, además de Heródoto, contamos con diversas representaciones plásticas y con el testimonio literario, en particular de Eurípides. En las pinturas de los vasos aparece varias veces representado Taltibio, principalmente en el motivo de ir a buscar a Briseida: así el escifos de Hierón en el museo del Louvre, en el cual Taltibio con clámide y botas de montar, con yelmo y espada y en la mano izquierda el κηρύκειον, con gesto asombrado sigue a su señor, que conduce a Briseida <sup>20</sup>. En otra representación se muestra a Taltibio, junto a Electra, en la tumba de Agamenón, y a menudo aparece Taltibio como persona que participa en el asesinato de Egisto, con Orestes, sosteniendo el brazo de Clitemnestra e impidiendo que ésta dé un golpe de hacha a Orestes <sup>21</sup>.

En cuanto a las fuentes literarias, hay una tradición que recoge Nicolás Damasceno <sup>22</sup>, según la cual después que Egisto hubo muerto a Agamenón por consejo de Clitemnestra, quiso matar a Orestes, pero Taltibio salvándolo del peligro lo ocultó y lo llevó a la Fócida junto a Estrofió. Basándose en este testimonio, C. Robert <sup>23</sup>, quiere ver en Sófocles y Eurípides huellas aisladas de la figura de Taltibio. El παιδαγωγός de la Electra del primero desempeñaría, en su relación con Orestes, el mismo papel que Taltibio en Nicolás Damasceno: ha salvado al muchacho a quien también amenazaba la muerte, lo ha refugiado en Fócida, lo ha criado allí y lo vuelve como vengador del padre. También en la Electra de Eurípides el πρέσβυς es el que ha salvado a Orestes y ayuda de palabra y acción a la realización de la venganza, como Taltibio según la antigua tradición. Para el ya citado Robert <sup>24</sup>, esta versión procedería de la

<sup>20</sup> A. BAUMEISTER, *Denkmäler des klassischen Altertums*. Munich 1885, I, 721.

<sup>21</sup> BAUMEISTER, *ob. cit.* II, p. 1114.

<sup>22</sup> *Exc. de insid. Cod. Escor.* fol. 77 = C. MÜLLER, *FHG III*, fr. 34 p. 374: ὅτι Αἰγισθος Ἀγαμέμνονα κτείνων, τὸν βασιλέα συμβουλή τῆς γυναικὸς Κλυταιμνήστρας καὶ τὸν Ὀρέστην τὸν τοῦ Ἀγαμέμνονος υἱὸν ἔμελλεν ἀνελεῖν. τοῦτον δὲ ἐρρύσατο Ταλθύβιος ἔξασπασας καὶ ἐκθέμενος εἰς τὴν Φωκίδα παρὰ Στρόφιον.

<sup>23</sup> C. ROBERT, *Bild und Lied*. Berlín 1881 p. 165 sgs.

<sup>24</sup> ROBERT, *ob. cit.* p. 172 sgs.

Orestíada de Estesícoro en la cual desempeñaba un gran papel el heraldo, y cuyo argumento sería el siguiente: luego que Clitemnestra ha dado muerte a Agamenón, el ama Laodamia entrega el pequeño Oretes a las fieles manos de Taltibio que lo pone a salvo. Han pasado diez años y Clitemnestra sueña que se le aproxima un dragón con la testa sangrienta, pero que de pronto se convierte en el esposo asesinado, que de nuevo se casa con ella; que pare un dragón y cuando le va a dar el pecho, bebe sangre con la leche. Despiértase asustada y, como no se atreve a ir a la tumba de Agamenón, envía, con una ofrenda mortuoria, a Electra, a quien acompaña la vieja ama de Orestes. Electra está sentada llena de tristeza junto a la tumba de su padre, cuando se aproximan un joven y un anciano, Orestes y Taltibio. El heraldo y Laodamia se reconocen y provocan el reconocimiento de los hermanos. Orestes saca su espada y la consagra a la tumba del padre para la venganza. Se introduce luego en el palacio, mientras Taltibio hace guardia fuera, y mata a Egisto que está sentado en el trono de Agamenón. Clitemnestra corre en auxilio de Egisto con el hacha con la cual mató a su esposo. Un grito de Electra advierte a Orestes, pero ya Taltibio ha cogido a Clitemnestra e impide la muerte de Orestes. Con el matricidio terminaría el drama.

En las tragedias conservadas de Esquilo no aparece este personaje, pero detrás del κήρυξ de Agamenón creemos ver a su fiel heraldo Taltibio. Sin embargo, a parte de que Esquilo creó un verdadero tipo de heraldo, que representaba una determinada clase de la sociedad, y le dió algo del estilo áspero y rudo, como ya se encuentra en el guardián, el prestigio del cual gozaba Taltibio fué decisivo y no podía prestarse al papel trágicamente irónico que desempeña el heraldo en la citada tragedia de Esquilo. En medio de la atmósfera tensa, cargada de funestos presagios, la alegría jubilosa del heraldo y su inconsciencia, contrastan demasiado con la discreción y prudencia del rey <sup>25</sup> para que este heraldo pueda llamarse Taltibio, prototipo de los heraldos prudentes y oportunos.

Más papel que los anteriores concede Eurípides, en dos de sus

<sup>25</sup> E. FRAENKEL. *Aeschylus, Agamemnon*. Oxford 1950, T. II p. 294.

tragedias, al personaje que nos ocupa, y si bien en ellas actúa también como un ἄγγελος, su personalidad es más relevante y refinada que la de un simple mensajero, pues está caracterizado por su papel en la acción y por sus sentimientos de humanidad frente a las desdichas de Hécuba.

Los rasgos simpáticos con que aparece Taltibio en *Hécuba* y *Las Troyanas* son tanto más de notar, por cuanto los heraldos de Eurípides tienen un papel antipático: no sólo no son satélites de sus señores, sino que son presentados como charlatanes, fanfarrones, con la enojosa costumbre de exagerar los hechos. Fué ya notado por los antiguos el odio de Eurípides contra esta clase de individuos, pero no se sabe el verdadero motivo <sup>26</sup>. Lo cierto parece ser que, con ello, Eurípides se hace eco del sentimiento popular de aversión hacia estos funcionarios, los cuales, si bien siempre conservaron sus prerrogativas, en el desempeño de su cargo cometieron algunos abusos que los hicieron impopulares <sup>27</sup>.

Solamente Taltibio es presentado como un buen hombre en *Hécuba* y *Las Troyanas*, lo cual seguramente se debe a su antigua tradición. En la primera de dichas tragedias, mientras Agamenón es representado como una figura vacilante, egoísta, inclinada al buen parecer, y Ulises aparece especialmente antipático, frío y duro de corazón, Taltibio, en cambio, es de naturaleza más distinguida, movido a compasión por Hécuba <sup>28</sup>, a quien ha de comunicar la triste

<sup>26</sup> P. MASQUERAY. *Euripide et ses idées*. Paris 1908 p. 335. Schol. Orestes v. 895: τὸ γὰρ γένος τοιοῦτον. Καὶ ἐν ἄλλοις κατὰ τῶν κηρύκων λέγει, ὅτι αἰεὶ ποτε σπέρμα κηρύκων λάλον. Cfr. también *Herácl.* 292; Supl. 426, 461, 567; *Troy.* 424 sgs.

<sup>27</sup> La apreciación oficial era sin embargo distinta. El κήρυξ era ciudadano y funcionario, y en ciertas familias el cargo era hereditario. Así Eucles, en tiempo de la democracia restaurada, se sintió muy orgulloso de su empleo y transmitió en herencia cargo y fama a los suyos (cfr. WILAMOWITZ. *Herakles*. Berlín 1909, p. 122, n. 18; asimismo art. *Keryx* en *RE XI A*. 348 sgs.) Eurípides también hace una concesión a la inviolabilidad de los heraldos: en *Los Heráclidas*, el rey de Atenas, Demofonte, excitado por la osadía del heraldo de Euristeo, Copreo, está a punto de herir la sacrosantidad de los heraldos (v. 267 sgs.), pero el coro le advierte que respete las κοινὰ νόμοι.

<sup>28</sup> W. SCHMID-STAEHLIN. *Geschichte der Griechischen Literatur*, VII, I, 3. Munich 1940. p. 466 sgs.

noticia de la muerte de su hija Polixena. Al ver a la reina abrumada por el peso del infortunio, postrada en tierra, se compadece de ella, y expresa la opinión de que es preferible la muerte antes que caer en una suerte ignominiosa. Para él, Hécuba es una desventurada mujer, la más desgraciada de todas las mujeres (γυναικῶν δυστυχιστάτην θ' ὀρώ). Ayuda a levantarla y le cuenta el doloroso trance de la ejecución de Polixena. Compasión y ternura corren a lo largo de toda la narración, y es de notar el empeño de Taltibio en hacer resaltar la dignidad con que soportó su suerte la hija, empeño que tiene como fin aliviar en lo posible el dolor de la madre.

En *Las Troyanas*, Taltibio tiene un papel técnicamente importante, porque, si bien la acción espontánea y externa de esta tragedia es del todo insignificante y uniforme <sup>29</sup>, cada escena se introduce con un nuevo mensaje del heraldo. Primero viene con un encargo oficial: comunicar a las desgraciadas mujeres su destino. Cada una de ellas ha sido otorgada a un jefe aqueo; así esto da ocasión al poeta para que cada mensaje del heraldo desate las quejas de Hécuba y del coro. La ambigua respuesta de Taltibio acerca del destino de Polixena, que no permite a Hécuba comprender la terrible verdad, está inspirada por un humano sentido de compasión <sup>30</sup>. Mención especial merece Casandra, la cual ha sido concedida a Agamenón. En embriaguez extática surge la vidente con la antorcha nupcial en la mano, y en conmovedoras palabras asegura a su madre que ella está destinada a ser la ruina de la casa de los Atridas. Taltibio reprocha a Casandra sus discursos ofensivos y dice que él, un pobre hombre, renunciaría, de todas maneras, a tener una loca ridícula como Casandra. Aquí Eurípides, como Esquilo en su *Agamenón*, ha enfrentado el hombre excepcional, trágico, con el hombre medio sin problemas: para Taltibio el gran señor no demostraba tener más razón que cualquier hombre insignificante <sup>31</sup>.

<sup>29</sup> SCHID-O. STAEHLIN, *ob. cit.* p. 407.

<sup>30</sup> Además, la despreocupación de la madre por saber con certeza la suerte de su hija, en lo cual se ha querido ver una falta contra la psicología, está motivada, técnicamente, por cuanto la muerte de la hija había sido tratada ya en *Hécuba*.

<sup>31</sup> *Troy.* 411 sgs. cfr. W. H. FRIEDRICH. *Euripides und Diphilos.* Munich, 1953; p. 73.



Al decir a Hécuba que deberá seguirle cuando vaya a buscarla para Ulises, Casandra expresa al heraldo y a toda su clase su desprecio y le muestra la verdadera imagen del futuro que Apolo le ha descubierto.

Como en esta escena, también Taltibio da un nuevo giro a la escena de Andrómaca (v. 709 sgs.). En efecto: todavía les queda, a ella y a su madre, una esperanza: que Astiánax pueda ser salvado y sea el renovador del reino de los Priamidas. Pero otra vez aparece el heraldo y anuncia, contra su voluntad y vacilando, la decisión de los aqueos de que el niño debe ser arrojado desde lo alto de las torres de Troya. Con emocionantes palabras de despedida, entrega Andrómaca a su querido hijo, y ante tal espectáculo el heraldo se compadece del niño y lamentase de que estas embajadas se las hagan gentes insensibles a la compasión.

En la última escena es traído el cadáver de Astiánax sobre el escudo de Héctor, tomado en botín. De nuevo Taltibio informa que, Neoptólemo, dada la situación apurada de su abuelo Peleo, se ha visto obligado a partir con Andrómaca y la prisa del señor no ha permitido a la madre dar sepultura al hijo. El compasivo heraldo ayuda a Hécuba a cumplir con los ritos, y no sólo ha bañado el cuerpo del niño en las aguas del Escamandro, sino que él mismo cava la fosa para la tumba. Pero Taltibio debe cumplir las órdenes, y así exhorta a los soldados para que se den prisa en incendiar a Troya y comunicar a Hécuba que ha llegado la hora de ser entregada a Ulises.

Pasemos ahora a la tragedia *Orestes*, en la cual Eurípides emite opiniones desfavorables para Taltibio. Ya hemos dicho que Casandra tiene palabras duras, pero en realidad no van dirigidas directamente contra Taltibio, sino en general contra los heraldos. Con razón afirma Wilamowitz<sup>32</sup>, que Eurípides persiguió con extraño odio a los heraldos como comunes almas de criados, para, con ellos, atacar a los empleados subalternos, a menudo de condición no libre, los cuales en la democracia ateniense realizaban, de hecho, los negocios, en vez de los empleados elegidos a suerte que cambiaban cada año. Junto con esta aversión hacia los heraldos, la posición

---

<sup>32</sup> *Griechische Tragoedien*. Berlin, 1910, T. III, p. 270.

de Eurípides frente a Esparta, nos ayudará también a comprender la opinión del trágico desfavorable a Taltibio.

La animosidad del poeta contra Esparta y su política, fué notada por los antiguos y abundan en las tragedias de Eurípides las expresiones malévolas, de malquerencia <sup>33</sup>. En particular este odio se manifiesta en *Andrómaca* y los dardos van dirigidos contra Menelao, que encarna la manera de ser espartana. No puede ser fortuito el hecho de que aquellas tragedias en las cuales, según hemos visto, Taltibio está representado como un hombre bondadoso, pertenecen a un período de la vida de Eurípides, en que se mitigó un tanto este odio contra la «pérfida Esparta». En *Hécuba*, Esparta es mencionada sin ninguna palabra de reproche y en *Las Troyanas*, si bien las esclavas manifiestan su deseo de no ser llevadas a la «odiosísima mansión de Helena» (v. 210), esto es natural ya que ella ha sido la causa principal de la ruina de la patria. Una tendencia pacifista domina en esta tragedia y hay en ella una evidente alusión política en el citado pasaje, cuando las cautivas imaginan que pueden ser llevadas a Sicilia y a la Magna Grecia. Un auténtico espíritu de Eurípides impera aquí e intenta una paradójica salvación de Menelao, tan maltratado en otras tragedias <sup>34</sup>. Incluso parece que quiera despertar un cierto sentimiento de simpatía hacia él, cuando a ruegos de Hécuba, expresa la decisión de dar un ejemplo en Helena (v. 1055).

En la tragedia *Orestes*, en cambio, escrita algún tiempo después <sup>35</sup>, es Menelao de nuevo la figura más antipática. El poeta quiso, desde el primer momento, presentar con rasgos simpáticos

<sup>33</sup> *Andr.* v. 150 con Schol, 437, 445 con Schol, 463, 595, 624; *Supl.* 187; *Or.* 371 con Schol, 410.

<sup>34</sup> SCHMID-STAEHLIN, *ob. cit.* p. 484.

<sup>35</sup> La fecha tradicional del 408 ha sido combatida recientemente por E. Delebecque en su bien documentado libro: *Eurípide et la guerre du Peloponnèse*. París 1951 p. 301 sgs. Según dicho autor, a juzgar por los hechos esenciales de la política exterior e interior de Atenas, y por lo que se puede saber de los asuntos de Esparta y Argos, no parece posible que la tragedia se haya representado en 408, sino que más bien pertenece a la trilogía del 413, e intercala su acción entre las de *Electra* e *Ifigenia en Tauris*, cuando Eurípides reemprende la política de alianza con Argos. Pero esto no afecta sustancialmente nuestro punto de vista.

a Orestes y a los suyos y, por otra, suscitar la animaversión contra Menelao y Helena <sup>36</sup>. El Atrida acaba de llegar de Troya en el momento en que Tindareo, padre de Clitemnestra, acusa al matricida Orestes ante el tribunal de Argos. Bien es verdad que no se presenta sin sentimientos de parentesco y compasión frente a los hermanos, Electra y Orestes, pero su carácter cobarde y vacilante ceden pronto a las amenazas del suegro y quiere justificar su proceder con la opinión de que «el hombre inteligente debe adaptarse a las circunstancias» <sup>37</sup>.

Esta es también la conducta de Taltibio en la asamblea, según el relato del mensajero. El heraldo de Agamenón habla en doble sentido: profesando una gran admiración por su antiguo señor, no tuvo expresiones de alabanza para Orestes y, prodigando discurso sobre discurso, procuraba hacerse agradable a los amigos de Egisto. Porque tal, arguye Eurípides, es el proceder de los heraldos: atraerse la simpatía de los poderosos y de los que mandan en la ciudad <sup>38</sup>.

Vemos, pues, aquí que Taltibio, contrariamente a lo que ocurre en *Hécuba* y en *Las Troyanas*, es presentado con los mismos rasgos de locuacidad y doblez que los demás heraldos. Ya no es aquel heraldo ponderado y compasivo, sino que procura también adaptarse a las circunstancias. Así la posición de Taltibio corre parejas con la de Eurípides en relación a Esparta: recuérdese que es en Esparta donde Taltibio tenía un culto particular. Si en una etapa de su vida el poeta vió con simpatía al heraldo de Agamenón, fué debido, no sólo a que en aquel entonces tomó posición del lado troyano, sino también a que coincidió con un apaciguamiento en su odio espartano. Mas, el haberse agudizado de nuevo este odio y haber recibido alguna ofensa particular del linaje de los heraldos, decidieron al poeta a cambiar de opinión respecto a Taltibio y desprestigiar con él, una vez más, a estos empleados, atentos solamente al lucro personal.

JULIO PALLI BONET.

<sup>36</sup> V. KRIEG, *De Euripidis Oreste*, Diss. Halle, 1934, p. 13 sgs.

<sup>37</sup> *Or.* v. 715-6: νῦν δ' ἀναρχαίως ἔχει / δοῦλοιαν εἶναι τοῖς σοφοῖσι τῆς πόλεως.

<sup>38</sup> *Or.* v. 895-7:

τὸ γὰρ γένος τοιοῦτον ἐπὶ τὸν εὐτυχῆ  
πηδῶσ' αἰεὶ κήρυκες· ὅδε δ' αὐτοῖς φίλος,  
ὅς ἂν δόνηται πόλεος ἐν τ' ἀρχαῖσιν ἦ.